

Carlos Vesga Duarte

Escribe: PEDRO MEDINA AVENDAÑO

Carlos Vesga Duarte tenía la sencillez de los seres elementales y puros. Su corazón era limpio como oro de aluvión. Su trato directo y coloquial ponía de relieve a un santandereano sin contaminaciones que amaba el fulgor de las armas y se encandilaba con el destello de las frases perfectas.

Toda la prosa de Vesga Duarte merece exornar medallones y proclamas. Hablaba con sordina en la intimidad y escribía en los más altos registros del idioma. Su palabra en el parlamento y en la plaza pública buscaba las alturas para fulminar. Era un varón bravo y bueno que hería con precisión al adversario y soportaba los golpes con los ojos abiertos. Al lado de Gilberto Alzate Avendaño cumplió hazañas memorables. Una cierta simetría conceptual hacía de los dos un solo acento. La euritmia literaria que manaba de la prosa de ambos era como la espuma del mar agitado. Como la emanación luminosa del texto lógico e inapelable.

Sería apasionante ensayar un paralelo entre Camacho Carreño, Gabriel Turbay, Serrano Blanco y Carlos Vesga Duarte. Todos dignos del bronce. Elocuentes e inmaculados. Con el desinterés de los fundadores de la república. Ajenos a la trapisonda y a la pequeñez. Su estampa estaba formada con los ingredientes que exigió Lorenzo de Médicis para perpetuar epopeyas sobre los sepulcros, en cuyos bajo relieves campean las áureas hojas afiladas, no los falsos aromas del embuste. Fueron epígonos de Cicerón, no secuaces de Maquiavelo. Fueron sustancia de la patria. No zoología patógena ni falacia con aureola.

La muerte de Vesga Duarte causó honda conmoción en los medios políticos de Venezuela. Allí se le admiraba tanto o más que en Colombia. Amigo íntimo de los jerarcas de Copei, la ausencia del gran escritor deja un inmenso vacío en los cuadros de lucha de ese partido, que tuvo en Carlos Vesga un consejero prudente y acertado. El vacío será también incolmable en las relaciones colombo-venezolanas, que siempre se fortalecieron con el espíritu bolivariano de ese hombre ejemplar que tenía en el corazón arrestos para dar parecido albergue a dos naciones que deberían ser una sola, como lo fueron en el pensamiento de Bolívar.

La muerte y la vida son una misma cosa. Quien cree en la pluralidad niega el infinito. Quien cree en la ausencia está equivocado. A Carlos Vesga Duarte se le puede oír todos los días, leer a todas horas y sentir en el sueño y en la vida. El se integró a todo lo que era entrañable. La muerte apenas lo privó de lo precario y lo relevó de limitaciones.